

Ricardo A. Latcham.

RECORDACION DE MANUEL DE LACUNZA

ES curioso anotar que el escritor más intenso de la Colonia sea un modesto religioso, llamado el Santo por sus contemporáneos y sobre cuya vida hay pocas noticias. El segundo centenario de su nacimiento se celebra actualmente. Lacunza nace en Santiago, el 19 de Julio de 1731. A los diez y seis años entra en la Compañía de Jesús. Hace su renuncia el 28 de Julio de 1752 y profesa de cuarto voto en 1767. Pocos meses más tarde sale desterrado con los demás jesuitas.

Poseía una capellanía de cuatro mil pesos, cuyos réditos, según consta, se le mandaban a Europa en 1793. Vivió con pobreza y su sobriedad cristiana extiende en torno seductores prestigios. Bondadoso y sereno, añora la patria lejana y en sus cartas hay expresivas evocaciones de Chile. He aquí una muy sugestiva: «Actualmente (en 1788) me siento tan robusto que me hallo capaz de hacer un viaje a Chile por el Cabo de Hornos. Y pues nadie me lo impide ni me cuesta nada, quiero hacerlo con toda mi comodidad. En cinco meses de un viaje felicísimo llego a Valparaíso y habiéndome hartado de pejerreyes y jaivas, de erizos y de locos, doy un galope a Santiago: hallo viva a mi venerable abuela; le beso la mano, la abrazo; lloro con ella, abrazo a todos los míos entre los cuales veo muchos y muchas

que no conocía, busco entre tanta muchedumbre a mi madre y no la hallo, busco a Magdalena y no la hallo, busco a Diego, a Domingo, a Solascasas, a Varela, a mi compadre don Nicolás, a Azúa, a Pedrito y a mi ahijada la Pilar, etc., y no los hallo. Entro a la cocina y registro toda la casa buscando a los criados y criadas antiguas y no hallo sino a la Paula y a la Mercedes, Pregúntole a ésta donde está su señora y a la Paula donde está su amo don Manuel Díaz, y donde está mi mulato Pancho; y no me responden sino con sus lágrimas y yo las acompaño llorando a gritos sin poder ya contenerme más.

No obstante, por no perderlo todo, me vuelvo a la cuadra que hallo llena de gente, procuro divertirme y alegrarme con todos; les cuento mil cosas de por acá téngolos embobados con mis cuentos; cuando no hallo más que contar miento a mi gusto; entre tanto les como sus pollos, su charquicán y sus cajitas de dulce y también los bizcochuelos y ollitas de Clara y de Rosita. Y habiendo llenado bien mi barriga para otros veinte años, me vuelvo a mi destierro por el mismo camino y con la misma facilidad. Más antes de embarcarme en Valparaíso, despierto y me hallo en mi cama...» (1).

Sus días de Imola revelan una tendencia solitaria. Vive ocupado en cosa familiares y piensa en volver al austral terruño. Las Sagradas Escrituras le entregan secretos poderosos y en su recóndito sentido ve alegorías y símbolos. Habita una casa alejada del pueblo y por las noches escruta en los astros hasta muy avanzadas horas. Por el cielo ve pasar una sucesión de extraños anuncios. Pulsa en las constelaciones como en un instrumento de acordes misteriosos. Todo hace pensar que la misantropía religiosa abrumba sus sueños.

Se consagra a arrancar reveladores signos a los textos bíblicos y la desgracia del instituto religioso que

(1) «Revista de Historia y Geografía», N.º 13.



El Padre Manuel de Lacunza y Diaz
(1731-1801)

abrazó la identifica con la agria existencia errante de los Judíos, pueblo elegido de Dios.

Dice en una carta de 1794: «Solamente saben lo que es Chile los que lo han perdido: no hay por acá el menor compensativo: y ésta es la pura verdad».

Piensa también que, siendo los Jesuítas una avanzada de la Iglesia Católica, el valladar que se opuso a la Reforma y el óptimo núcleo del mundo espiritual, la ingratitud más negra recompensó tanto desvelo. Así identifica este sordo destino del pueblo de Israel con el patético abandono en que pasa con sus compañeros de hábito.

Tal aislamiento, dramáticamente teñido de ascetismo y de estudios cabalísticos, por las luengas noches de vigilia, con los cansados ojos buscando el secreto de los astros, dan a su vida una mística atracción, un perfume de acendrado misterio.

En tanto avanza su libro, que tantas polémicas despierta más tarde, y forma el mejor vestigio de la cultura religiosa del Chile colonial.

Quizá sus postreros días fueran terribles; tal vez hubo grande pobreza en su torno; es probable que la locura hiciera presa de su espíritu. Sólo un interrogante hondísimo salta ante el que bucea en sus años finales.

El 17 de Julio de 1801 se halló su cadáver en un pozo de poca agua cerca del río que baña la ciudad de Imola y, según otra versión, «per una improvisa caduta nel fiume ove rimase affogato».

Fué sacado del agua, llevándosele a su casa y después a la Iglesia del Pío Sufragio, donde se le enterró.

Tal—es en síntesis—su existencia material. De su drama teológico, del ahinco devorante que lo obsede en la busca de Dios, de los desvelos poderosos de su imaginación, hay muestras abundantes en su *Venida del Mesías en Gloria y Majestad*, extracto de sus ideas y análisis del Apocalipsis y de las Profecías. Su tra-

bajo circuló manuscrito durante mucho tiempo en castellano, italiano y latín. La obra de Lacunza imprimióse por vez primera en Cádiz en 1812.

El lacunzismo ha tenido en Chile gran aceptación y en otros países ha sido tema de una riquísima bibliografía. El secreto de tal éxito es el fuego interno de su autor, que logra derramarse en crepitantes centelleos y su convicción arraigada, fuerte y sincera, a la vez que su calidad literaria. Según el lacunzismo, la historia gira en torno de un eje único, que lo constituye el pueblo israelita y la historia de este pueblo, a su vez, gira en torno del Mesías venidero. Pero los judíos no han penetrado en este sentido. Dos constituyen según los profetas bíblicos, las venidas del Mesías a la tierra; una a pasar los trabajos de su vida humilde, y otra, en gloria y majestad, a reinar en la tierra a la cabeza de las tribus de Israel. El desconocimiento hecho por los Judíos de la venida de Cristo fué castigado—según dicha interpretación de la historia—con su expulsión de la tierra que les fué dada en heredad. No pierden, por esto, la categoría de pueblo dilecto, pero sí fueron entregados a un destino errante para ejemplo y lección de todos los pueblos de la tierra. En vista de este repudio, hubo un llamado de Dios a los Gentiles para que su sitio, ocupado hasta entonces por la Sinagoga, fuera del patrimonio de la Iglesia de la Gentilidad, o sea la Iglesia Cristiana, que primero tuvo su foco de atracción espiritual en Jerusalén y más tarde en Roma.

Pero esto no será eterno. Se corromperá la Iglesia y las abominaciones penetrarán en su cuerpo místico. Un conjunto de deístas, ateos y apóstatas constituirán su núcleo y tratarán de derrocar la obra del Mesías. Roma cristiana caerá en relajamiento y llegará a la plenitud del símbolo de la «Gran Ramera, con quien han cometido fornicación los reyes de la Tierra».

Los Judíos, mediante una nueva interpretación más escarmenada de las Escrituras se darán cuenta de su

yerro y, arrepentidos, repararán su desconocimiento del Mesías. Tornará el reino de Dios a la tierra, por un regreso de éste. La autoridad eclesiástica tornará de Roma a Jerusalén y los judíos, unidos a los cristianos en un abrazo de paz y de comprensión definitiva, formarán el coro de las alabanzas. El Milenarismo es, entonces, un nuevo reino de Dios en que todos viven dominados por la paz más intensa. Se cumplen las profecías favorables a Israel y Jerusalén se denominará «el solio del Señor». Las naciones serán instruídas en la fe verdadera; el Rey de los Reyes mostrará su esplendor a los vasallos felices; el Demonio y su corte huirán despavoridos; y el dominio de las tinieblas caerá deshecho.

Todo este panorama fantástico acaba con un nuevo desvío del hombre que siente la nostalgia del pecado. Abandonan tal especie de Jerusalén perfecta y tornan a los antiguos errores y abominaciones. Dios envía señales de su ira, que los hombres no entienden. El caos se apodera del mundo y la especie humana es entonces extinguida. En seguida vienen el juicio universal, la resurrección de la carne, el castigo de los malos y el premio de los justos; en suma, el fin del mundo.

Tal es, resumido, el Lacunzismo o Milenarismo. Los mil años deben ser interpretados como símbolo de una edad muy larga, no literalmente.

En síntesis apretada, la tesis de Lacunza significa: la Caída de la Iglesia Cristiana, la Restauración de la Sinagoga y el Reinado Milenario del Mesías en Jerusalén.

Estas ideas prendieron en muchos espíritus e hicieron muy célebre el nombre de Manuel de Lacunza y Díaz. Quizá ningún chileno haya sido más llevado y traído en alas del renombre. Su libro se traduce, se glosa, se comenta con encono y en seguida se pone por las nubes. Salen discípulos violentos y hay quienes hubieran deseado verlo en los altares. La Iglesia lo coloca

en el índice, por más que, reiteradas veces, su autor nos habla de su catolicidad y sumisión a los dogmas de Roma. Pero el encanto literario de Lacunza, lo que subyuga en su prosa es una sinceridad potente, de verdadero escritor y de genuino estilista, que asoma hasta en sus páginas más simbólicas y oscuras, como el diamante que aparece escondido en un recóndito socavón.

Una fuerza polemística intensa fluye por sus venas y lo coloca en guardia contra aquellos que nieguen este sentido en las Escrituras. Lacunza está siempre en vela, con la pluma encendida, para sostener sus sueños teológicos. Don Pedro N. Cruz, cree que si el Padre Lacunza vive en nuestros días resulta un formidable periodista. Tenía un sentido neto de la polémica, bastante agudeza crítica y una prosa llana, clara y de buena prosapia española.

«La frase de Lacunza—dice Cruz—es de vestido corto, sencillo y gracioso; se acomoda con primor al pensamiento, y como el traje bien cortado y ajustado al cuerpo, parece que aligera los movimientos.»

El lenguaje de este escritor fué siempre flúido, cristalino y revelador de una extraña energía interna. Su estilo negligente y descuidado, a veces, no daña esta calidad sincera de su expresión. ¡Con qué vida y calor impugna a sus contrarios!

El libro de Lacunza, editado con el pseudónimo de Jozafat-Ben-Ezra fué puesto en el índice el año 1824. La desgracia que acompañó en los postreros años al autor siguió gravitando sobre su obra. En tanto se fundaba por un tal Irving una secta lacunzista en Londres. Grandeza y miseria de un escritor que vió alternados en sus libros los más contradictorios destinos: la polémica y el odio, la negación y el exaltamiento, la prohibición de la Iglesia en que cree y la fama extendida por todos aquellos contornos espirituales

propicios a la Profecía, a la sombría sugestión interpretativa (1).

(1) Sobre Lacunza hay una copiosa bibliografía. Vid PEDRO N. CRUZ, *Estudios sobre la Literatura Chilena*, Tomo Primero; OMER EMETH, *El Lacunzismo*, Santiago, 1917; OMER EMETH, *Extracto de la Venida del Mesías en Gloria y Majestad*; MIGUEL RAFAEL URZÚA, *Doctrina del Padre Lacunza*, 1917; MARCELINO MENÉNDEZ Y PELAYO, *Historia de los Heterodoxos Españoles*, Tomo Tercero, pág. 409-412. He aquí lo que dice el insigne polígrafo sobre las razones de la prohibición del libro de Lacunza: «Primera: La demasiada ligereza y temeridad con que suele apartarse o del común sentir de los expositores del Apocalipsis, aun de los más sabios, santos y venerandos, tachándolos desde el discurso preliminar de su obra, de haber enderezado todo su conato a acomodar todas sus profecías a la primera venida del Mesías sin dejar siquiera nada o casi nada para la segunda, como si sólo se tratase de la materia para discursos predicables, o de ordenar algún oficio para el tiempo de Adviento».

Segunda: Algunas sentencias raras y personales suyas, de que apenas se encuentra vestigio en ningún otro escriturario antiguo ni moderno, v. gr., la de que el Antecristo no ha de ser una persona particular, sino un cuerpo moral, y de la total prevaricación del estado eclesiástico en los días del Antecristo.

Tercera: Las durísimas y poco reverentes insinuaciones que hace acerca de Clemente XIV, autor del Breve de extinción de la Compañía.

Cuarta: El peligro que hay siempre de tratar en tan altas cosas, de misterios y profecías en lengua vulgar, por ser ocasión de que muchos ignorantes, descarriados por el fanatismo, se arrojen a dar nuevos y descabellados sentidos a las palabras apocalípticas, como vemos que cada día sucede.

Por todas estas razones y sin ser hereje fué condenado el Padre Lacunza y por todas ellas debe hacerse aquí memoria de él, salvando sus intenciones y su catolicismo, y no mezclándole en modo alguno con la demás gente *non sancta* de que se habla en este libro... ».

Más noticias sobre el interesante escritor se hallarán en los siguientes trabajos: JOSÉ TORIBIO MEDINA, *Jesuitas Expulsos de América en 1767*; *El Ferrocarril* de Abril de 1857; la *Revista de Buenos Aires*, Tomo 24, donde aparece un ameno estudio de Benjamín Vicuña Mackenna; *El Correo de Arauco* del 30 de Enero de 1824.

El Jesuíta Manuel de Lacunza y Díaz, por AURELIO DÍAZ MEZA en *La Nación* del Martes 7 de Julio de 1931 y *Padre Henrich. Historia de la Compañía de Jesús en Chile*.